XXXIII

Cómo se burla un destino

¿Fué éste el motivo por que, deseando vencer á su corazón, la señorita de Armaillac volvió á casa del duque de Obáñez? Siempre había tenido una verdadera pasión por las admirables perlas — aquellas trescientas perlas, ni una menos, quiero decir ni una que no tuviera su brillo y su transparencia, ni una que no viviera la vida de las perlas y la vida de Juana.

La señorita de Armaillac amábalas más aún porque no eran suyas. ¿Cómo no retenerlas, cómo no verlas en su fantasía, cómo no sentir sus caricias divinas y nocturnas?

Era aquél un sacrificio inusitado. Mas, como pensaba en Marcial, el sacrificio tenía su dulzura... si se decidía á llevar á cabo el sacrificio, porque aun no sabía lo que iba á hacer.

Juana se había aventurado más de una vez en el mundo con aquel collar rarísimo, diciendo en voz alta que las perlas eran falsas. Y si se le reprendía por llevar baratijas, decía como aquella ingenua:

—Muérdanlas ustedes para ver si son buenas.

Pero desafiando con sus ojos de lince á que se dijera en qué se diferenciaban de las legítimas.

La señora de Tramont habíale reprochado en más

de una ocasión el que se pusiera un collar de cinco vueltas como una mujer casada; pero Juana le había probado que aquel collar la embellecía.

Volvió, pues, una noche á casa del duque de Obáñez, quien se admiraba de que no hubiese ido antes. La había encontrado más de una vez en el mundo, mas no la hablaba casi nunca, para probarle que no pensaba en su collar.

—Tranquilícese usted,—díjole al entrar;—no he vendido sus perlas.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque si las vendiese volverían á mí en seguida, pues los joyeros me ofrecen todas sus alhajas raras. Por otra parte, si las hubiese usted vendido...

—¿Qué?

El duque sonrió con su sonrisa donjuanesca.

—Hubiera usted venido á pagármelas.

—Pues bien: se las traigo á usted.

Diciendo estas palabras, la señorita de Armaillac entreabrió su abrigo.

—Ya sabe usted que no tengo más estuche que éste; las puso usted en mi cuello: puestas se las traigo.

—Es ése el estuche más maravilloso del mundo; y me quedo con él y con la joya.

—No, mi querido duque: el estuche le costaría á usted demasiado caro: habría usted de poner en él á diario nuevas alhajas.

—Ya sabe usted que tengo algunas. Haré de usted una madona, si tal es su deseo.

—Muy lindo fuera eso, mas quiero ser una madona sin ser una caja.

La señorita de Armaillac se había quitado el collar.

—¡Qué desgracia!—dijo el duque.—¡Están tan bien encima de usted! ¡Cómo van á fastidiarse ahora!

Aun cuando el duque dijera esto con cierta expresión, Juana notó un asomo de burla en el extremo de sus labios.

—Si hablar quiere usted francamente,—le dijo,—confesará usted que no le pesa «entrar nuevamente en posesión» de sus perlas; han corrido el mundo á la aventura, cual si no debieran volver. Conozco más de una joven que no se las hubiera devuelto.

El duque, ocultando su juego y su corazón, convino en que la señorita de Armaillac acababa de traducir su secreto pensamiento: había tenido, sí, alguna vaga inquietud cuando pusiera el collar á Juana; se había dicho si no sería pagar demasiado cara belleza tal; pero, desvanecida la primera impresión, se confesaba que cualquiera que sea la belleza de una mujer, no vale tal vez un collar de perlas de un millón de reales. Con las cinco hileras podíanse obtener cinco mujeres del mejor mundo. Por otra parte, la admiración que por Juana sentía había disminuído, quizá por haber sido ella demasiado viva; de manera que, como la joven le dijo, celebraba volver á entrar en posesión de sus perlas.

Y sucedió que, por espíritu de contradicción, la señorita de Armaillac deseó que fueran suyas á cualquier precio; mas no quería humillarse hasta descubrir su corazón. ¿Qué hacer para que la proposición partiera de él?

Comenzó por querer marcharse.

Justamente aquel día el duque era esperado en el

Círculo; la ofreció despedir el horrible fiacre que la había llevado y acompañarla hasta la puerta de su casa en su carruaje.

No estaba en el ánimo de Juana conceder tal favor al duque, cuando éste se quedaba con el collar.

Conservando su adorable sonrisa, la joven se había tornado melancólica.

El duque no tardó en ver que tenía una nube en la frente.

—Cuénteme usted sus penas del corazón,—le dijo,—porque las tiene usted.

—Pero sólo, querido duque, el día que vengo aquí.

—Se burla usted de mí,—dijo el duque.

—No; irrita saber que hay un hombre como usted, presa de todas las mujeres de París: es usted devorado por las fieras. Aun cuando se le ame á usted, gustaría verle con más frecuencia; pero la casa está siempre atestada. No hablo del corazón.

—Y hace usted bien, porque éste se halla siempre vacío. El rey Salomón, que sabía lo que se hablaba, tuvo razón al decir, después de haber probado setecientas mujeres:

«La mujer es más amarga que la muerte»

En Madrid, como en París, he abusado de mi título y de mi fortuna para triunfar de las mujeres á la moda; pero en vano he abierto los brazos, siempre los cerré tras de una decepción. El que ama á una mujer coge más amor que el que tiene setecientas mujeres. Pero no sólo es preciso amar, es menester ser amado. Juguemos á cartas vistas: ¿en alguna ocasión ha amado usted?

La señorita de Armaillac pareció buscar.

—Sí,—dijo ahogando un suspiro;—á mi madre, á mi muñeca y á su collar de usted.

Como el duque, á su vez, se había tornado melancólico, Juana entreabrió coquetamente su abrigo, miró á su seno y murmuró:

—¡Pobres perlas!

Ante aquel cuadro, poco faltó para que el duque se dejara coger de nuevo; pero Juana cerró demasiado pronto el abrigo.

Había quedado en pie á la puerta del salón. El duque, por su parte, iba á salir.

—Es menester que la puerta esté abierta ó cerrada,—dijo, cogiéndole de la mano para hacerla avanzar, pero decidido á acompañarla hasta su fiacre si ella lo deseaba.

Juana se había desenguantado la mano derecha para quitarse el collar, y el duque tenía los guantes en la mano.

Así, cuando tocó los dedos de la señorita de Armaillac, ambos sintieron un estremecimiento magnético, lo que hizo que el duque se atreviera á poner los labios donde habían estado las perlas.

Juana se ruborizó; como quería agarrarse á las ramas, sólo se ofendió á medias.

—Bueno,—dijo;—he ahí un beso que bien vale dos perlas.

El duque había cerrado la puerta del salón.

—Es verdad,—dijo.—¡Y yo que tomaba todo el collar sin dar á usted su parte! Son, si no me engaña mi memoria y cuento bien, siete ú ocho perlas.

La señorita de Armaillac estaba encantada por haber recordado aquel trato leonino.

—Cuenta usted mal,—dijo recordando.—En mi segunda visita eran dos besos; en casa del ministro, al inclinarse sobre mí en el «buffet», me besó usted los cabellos; tres días después, en casa de la duquesa, me besó usted la mano hacia el segundo botón del guante, lo cual fué demasiado español; valsando, en casa de la señora de Tramont, me abrazó usted dos veces á pesar de todo el mundo y casi á mi pesar; en nuestro último cotillón...

—¡Ah! Sí, pero esa vez no entra en el trato; era aquél un beso ordenado.

—Sí, pero me abrazó usted dos veces.

Y como al hablar Juana no le mirase, el duque la abrazó nuevamente, y dijo:

—Pongamos doce y no se hable más.

—No basta,—dijo riendo la señorita de Armaillac. —Todos esos besos robados deben considerarse dobles.

—¡Diablo!—exclamó el grande de España, que empezaba á contar.—Pronto habré de dar á usted una hilera de perlas.

Una de las puertas del salón conducía derechamente al jardín, un jardín en miniatura, pero nido maravilloso para los pájaros enamorados. El duque arrastró á Juana con objeto de dar un paseo á la luz de la luna, creyendo que nada hay como los artificios de la poesía para combatir la virtud de las mujeres.

En efecto, bajo los árboles, la moda, aquel centinela avanzado de la resistencia, no dispara ni un tiro. Las personas menos enamoradizas se enamoran, como si respirasen el amor, en la atmósfera que crean las hierbas, las flores y las hojas.

Juana se había cogido del brazo del duque; dejábase arrastrar con dulce abandono. Hablaron prime-

ramente de la luna y de las estrellas, de la profundidad del cielo, de los misterios del infinito frente á aquellas grandezas incomensurables, de aquellos horizontes inesperados.

¿Qué es el hombre en la tierra si no se lanza en brazos de la mujer? Sólo el amor nos eleva hasta Dios. ¿Qué es el hombre? No es nada; pero si ama á una mujer, lo es todo, porque tiene el amor, esa ascensión radiante que sube hasta el cielo.

Así hablaba el duque de Obáñez, y Juana se decía que hablaba bien. No podía menos de pensar:

—¿Qué soy? Nada. Si el duque me amase y yo amara al duque, lo sería todo.

Mas, por desgracia, el duque decía que el matrimonio no entraba en sus costumbres. Juraba que jamás se casaría.

—¡Oh, si yo quisiera...!—díjose Juana.—Acabaría por casarse conmigo; pero con él hay que empezar por el fin.

Y cuanta más pasión ponía el grande de España en sus palabras, más se cubría Juana con su dignidad. Por milésima vez se repetía que era imposible á una joven como ella ser la querida de aquel extranjero sin fe ni ley. Y, sin embargo, ¿qué sería de ella sin dinero en un mundo en el que tan necesario es el dinero? ¿Consentiría en un matrimonio de tercer orden, que la sujetase para siempre á una vida burguesa?

El primer paso es el que cuesta. Había tenido horas de verdadero arrepentimiento; mas, si después de la primer falta Dios no recoge á las mujeres para meterlas en un convento, la mujer va fatalmente á la segunda falta, si no encuentra un hombre que le dé el perdón y el amor.

—¿No es verdad que es bello amarse?—dijo el duque de Obáñez, abrazando á Juana.

—Sí, es bello... ¡cuando se ama!—respondió tristemente la señorita de Armaillac.

Pensaba en Marcial.

—¡Perlas en sus ojos de usted!

—¡Sí, pero éstas son mías!

Y se arrancó el collar, lo tiró al duque y se marchó.

El grande de España recogió sus perlas murmurando:

—Está escrito allá arriba que su virtud no será del diablo.

En cuanto Juana estuvo de vuelta en su casa, se admiró de encontrarse bella.

—¡Y yo que me imaginaba que no era hermosa sino con el collar!—dijo sonriendo con su adorable sonrisa.

XXXIV

La estatua rota

Al siguiente día, la señorita de Armaillac recibió una visita inesperada.

La señorita Matilde, cortesana y extrapera que había conservado los buenos principios del cesto, fué quien llamó á su puerta.

Como la doncella hiciera remilgos, la visitante matinal se aventuró á decir que era esperada.

Sorprendió á la señorita de Armaillac que, á medio vestir, peinábase delante del espejo.

—¿Qué quiere?—preguntó Juana á su doncella, con aire algo admirado.

—Señorita,—dijo la extrapera,—le traigo á usted un secreto...

Juana alzó los ojos sobre Matilde sin reconocerla, aun cuando la hubiese mirado atentamente en el Bosque en ocasión de estarle dando Marcial una lección de equitación.

La doncella había salido; la extrapera tomó la palabra.

—Escuche usted, señorita. Yo, aun cuando no lo parezca, soy una buena mujer. Sé que ha conocido usted á una joven de mundo que ha sido amada por el señor de Briançon. Ésta no le ha pedido sus cartas; y yo tengo esas cartas. Segura estoy de que será usted feliz, puesto que es amiga suya, devolviéndoselas.

Diciendo estas palabras, Matilde presentó á Juana un sobre abierto.

—¿Y quién ha abierto este sobre?—preguntó la señorita de Armaillac, tomando las cartas.

—¡No he sido yo! ¡Y le juro á usted, señorita, que para mí el sobre ha estado cerrado!

—¿Y quién le ha dicho á usted que yo conozco á la joven que ha escrito estas cartas?

Juana interrogaba profundamente á Matilde con sus grandes ojos negros.

—Señorita, he aquí la historia: Me he encontrado, por mi desgracia, en casa del señor de Briançon

con Aubepine, que es la verdadera querida, puesto que quiere ser también ama de la casa (1). Todo lo hurga allí, arrancando todos los secretos del pasado y del presente. He creído llevar á cabo una buena acción robándole estas cartas, que ella había robado.

Hablaba Matilde con aire tan ingenuo, que Juana no pudo saber si la joven creía que eran suyas ó de una amiga.

—Y ¿quién le ha dicho á usted mi nombre, señorita?

—La misma Aubepine, que está celosa de usted. Pero el señor de Briançon se ha tomado el trabajo de asegurarle que no la conocía á usted sino por haber amado á una de sus amigas, cuyo nombre no dirá nunca.

Juana tuvo la pena de verse obligada á dar las gracias á una de las queridas de su amante.

—Gracias, señorita,—dijo, saludándola en tono algo altanero.—No olvidaré esto.

Matilde salió de allí toda satisfecha. Había avanzado tanto en el pecado, que deseaba desquitarse con una buena acción. ¿No había querido procurarse un espectáculo viendo cómo una mujer de mundo lleva sus pecados, ó compararse y poder decir: —Las condesas no valen mucho más que las traperas?

En la alcoba de Juana se hubiera podido oir, al poco rato, un monólogo digno de los teatros antiguo y moderno.

---

(1) *Maîtresse* significa al propio tiempo *ama* y *querida;* de ahí el juego de palabras.

Fué aquél un grito de indignación de Juana contra sí misma.

—¡Oh mi orgullo!—exclamó.—¡Oh mi perdida blancura! ¡Oh mi belleza humillada! ¿Qué me resta sino mi caída? ¡He llegado á tener que dar las gracias á esa joven que me traía los pedazos de mi corazón destrozado! ¡Ya no soy una muchacha, soy una mujer! ¡No me queda nada, ni la pureza de mi alma ni el brillo de mi nombre! Llevando el collar de perlas del duque de Obáñez, he hecho caer una á una las perlas de mi corona de condesa. Me he muerto para todo lo bello. Siento que ya el mundo me empuja al «demi-monde». En vano me burlo de los demás, pues no soy mejor por eso. ¡No, no me queda nada, nada, nada, sino el lupanar dorado ó la expiación. Pero ¿me querrá Dios?

Y, después de una pausa, la señorita de Armaillac se dirigió mil imprecaciones más.

—¡Oh mi orgullo!—repetía llorando.—¡Tú á quien amaba como á una bella estatua de mármol, tú que eres la fuerza de mi vida y la luz de mi alma, te he derribado á los pies de ese hombre, te he sacrificado, te he cubierto de lodo, te he despedazado!

Juana sollozaba. Estaba bella en su dolor, porque era aquél un grito de la naturaleza que sube hasta Dios.

—¡Oh mi orgullo!—dijo otra vez.

Cayó de rodillas y oró. Pero era á Marcial á quien suplicaba.

XXXV

Un rapto

¿Quién había huído con la señorita de Armaillac? Porque por París se esparció el rumor de que había desaparecido.

La señorita de Armaillac, toda pasión y entusiasmo, ¿no se divertía en compañía de la princesa? Se iba á todas las curiosidades, pero se volvía de ellas muy pronto, como al final de un espectáculo deficiente, diciéndose:

—¡No valía la pena!

Además, ¿no es siempre la misma comedia, el perpetuo juego de la necedad humana? Cuando se ha visto un fatuo, se han visto todos los fatuos. Cuando se ha visto un necio, se han visto todos los necios. ¿Cuál es el hombre de talento que no deja ver su animalidad original como todo el mundo? Juana había aprendido á reirse de todos con su burlona amiga; había sorprendido la falta de coraza en las mujeres apasionadas, como había sorprendido la ausencia de corazón en las mujeres virtuosas; había juzgado que el sabio no era otra cosa que el loco caído en el especialismo; el adinerado un *debe* y *haber*, el jurisconsulto un enemigo del derecho. No tenía la pretensión de entender en filosofía; pero sin querer formulaba terribles juicios acerca de la humanidad;

así, delante de las cosas más serias, echábase á reir como una escéptica, cuando no deseaba más sino creer en el amor.

Una sola cosa parecíale digna de respeto y de admiración: la maternidad. Nunca pasaba delante de una madre de familia sin saludarla, delante de una cuna sin hacer la señal de la cruz; envidiaba, paseándose en el Bosque, á la mujer que lleva su hijo de la mano; decía con elocuencia que si la religión católica ha sobrevivido á todas las religiones, no es más que porque empieza por el cuadro de María dando de mamar á Jesús, adorable espectáculo, que es el símbolo de la vida familiar en todas las estaciones ascendentes y descendentes.

Pero este espectáculo, que hubiera hecho su alegría de esposa, no le recibiría de Dios en su casa, si había de creer á sus presentimientos. Hiciera lo que hiciera para probarse que el señor de Briançon no era el único hombre que en el mundo había, siempre acababa por decirse que no podía casarse con otro, en primer lugar porque le engañaría si no le contaba su pasado, y después porque sería desgraciada con un hombre que no fuese Marcial. Pero Marcial, ¿no estaba para ella perdido para siempre? Por otra parte, su orgullo no podía ponerse de acuerdo con su corazón. Sin duda que él pensaba siempre en ella, puesto que, después de un duelo por una palabra mal sonante, habíase batido, también por ella, con el duque de Obáñez; que aunque su nombre no hubiera sido pronunciado, ella sabía muy bien á qué había obedecido todo.

Pero, á la vez, ¿no la desafiaba él á diario con su vida increíble en medio de las mujeres de mal vivir?

Era aquello el escándalo nunca interrumpido; menester fué que Marcial pasara por uno de los príncipes de la *high-life* para que su nombre no se viese comprometido por aquellas locuras. No podía admitir ella que la amase, cuando lo veía con Aubepine y con otras muchas.

—Se bate por mí,—decíase la señorita de Armaillac;—mas yo no tendría fuerzas para apartarle de sus malas costumbres; al siguiente día de nuestro casamiento iría á pasar la luna de miel con esas señoritas. No, no quiero ponerme en ridículo; moriría si mi orgullo recibiera tal herida; prefiero sacrificar mi corazón á mi dignidad.

Pero el sacrificio del corazón recomienza todos los días; no se está más adelantado al siguiente; en vano hiere uno á su corazón, no se le mata: se le irrita hasta conducirlo á la angustia, mas nada se obtiene de él, porque el corazón es más fuerte que la voluntad. La dulce señorita de la Vallière exclamaba, antes de entrar en las Carmelitas:

—¿No triunfaré nunca de esta fiera que llevo en mí?

Sí, el corazón es una fiera que vive de una pasión y que no se doma sino con otra pasión.

La señorita de Armaillac había leído las cartas de la señorita de la Vallière. Las mujeres se imaginan fácilmente que están hechas de la pasta de las heroínas. Cuanto más Juana estudiaba á Luisa de la Misericordia, más creía parecérsele.

—Después de todo,—dijo un día á la princesa,—es éste un fin como otro cualquiera. ¿No dijo Santa Teresa que las mujeres enamoradas no encuentran voluptuosidad sino en Dios? La señorita de la Vallière no fué feliz sino abrazándose á la cruz.

La princesa no hizo otra cosa que precipitar á Juana en aquel ensueño al burlarse de ella.

—De modo,—le dijo,—que porque el señor de Briançon se ha portado mal con usted, ¿se enterraría usted en vida? ¿Para eso el Señor la hizo á usted bella? Dios no es tan celoso; y creo que ha de ser muy severo con las que quisieran casarse con Él sin saber si ello le gustaría.

Pero cuando Juana estuvo sola é hizo su examen de conciencia, se confesó que nada era más triste que su vida: su madre debía; por mucho que hiciese para evitarlo, la deuda seguiría en aumento; Juana no tendría el horrible valor de venderse después de haberse dado. Tenía el furor del lujo, y era necesario que vistiese mal su belleza. A cada instante sufría por no tener dinero; cuando se separaba de la princesa para volver á su casa, miraba con piedad aquella alcoba burguesa, donde cada mueble acusaba la vulgaridad. Juana no había nacido para la dulce medianía; hubiera preferido la sombría poesía de la miseria. Lo que la atraía eran todas las peripecias de su gran vida con sus radiantes resbaladeros; mas á condición de tener al señor de Briançon por compañero de viaje.

. . . . . .

Pero este compañero de viaje viajaba entonces en otra dirección: Juana se enteró de que Marcial, después de pasar ocho días en Trouville, donde se encontraba á todas horas en la playa á la señorita Aubepine, acababa de partir para Venecia.

Si hubiese ido á Londres, á Berlín ó á Roma, Juana no se hubiera sentido herida tan vivamente; pero ¡ir á Venecia, la ciudad de los enamorados! Venecia, que la atraía desde que era novelesca, es decir, desde que tirara su última muñeca; era, por así decirlo, un ultraje á su corazón y á su amor.

. . . . . .

Una noche, Juana no fué á la hora acostumbrada á casa de la princesa; y aquella noche nadie se divirtió; sabido es que Juana llevaba consigo el esplendor, la gracia y el talento. La princesa juzgó que la señora de Tramont, ó la duquesa de ***, le habían arrebatado á la señorita de Armaillac para ir al teatro; estuvo ruda con todo el mundo, diciendo:

—No hagan ustedes caso de mis modales de cachorro; quisiera aullar tanto como furiosa estoy contra Juana.

La señorita de Armaillac era la mitad de su vida.

Al siguiente día, de madrugada, fué á casa de la joven.

—Me encuentra usted desesperada, —díjole la madre, que lloraba.—Juana huyó ayer á un convento.

—¿A cuál?—preguntó la princesa.

—¿Acaso lo sé? Me dijo que iba á su casa de usted; pero esta mañana recibí una carta en que me notifica que no la volveré á ver. Hace mucho tiempo, por otra parte, que yo presentía este desenlace.

—Peor para mí,—dijo la princesa;—pero peor también para ella, porque estará bien amarrada.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!—dijo la señora de Armaillac.

Alzó los ojos al cielo, y añadió á media voz:

—Lo más triste es que se va á decir que me ha sido robada.

—¡Y nadie querrá creer que Dios es el raptor!—añadió la princesa.

XXXVI

Por qué la señorita de Armaillac fue á Venecia

Si nunca, señora, fué usted celosa, si no atravesó usted las pasiones, si no penetró usted en ellas, ni aun con la imaginación, cierre usted este libro, porque no comprenderá usted hasta qué grado de locura puede subir ó bajar una mujer, en la lógica de su carácter, cuando está enamorada.

La señorita de Armaillac había huído de su madre y había huído de sí misma, creyendo que olvidaría; he aquí por qué corrió en busca de una amiga, que se encontraba en el convento de Damas de San Andrés.

Esta amiga, que no gustaba del mundo, le había escrito más de una vez que la orilla suspirada estaba allí, al pie de la cruz, en la oración y puesta la esperanza en Dios.

El primer día, Juana creyóse salvada; tuvo hermosas horas de expansión sobre el mármol del altar.

—Sí,—decía á su amiga,—ésta es la orilla, éste es el refugio. No encontré en el mundo sino las estaciones de la cruz; cada estación era una dulzura oculta; en cada esperanza se expía por medio de las lágrimas. Tenía sed de vivir, ahora tengo sed de morir; siento que lo único bueno en la tierra es el alma, porque el alma es ya el cielo.

Naturalmente, la amiga de Juana la arrastró aún en el desprecio del mundo, pintándole con los más dulces colores la poesía del convento, las fiestas de la Iglesia, la paz profunda del corazón. Juana abrazaba á su amiga y dábale las gracias por haberla llamado.

Pero llegó la noche; todas aquellas seráficas alegrías se desvanecieron; Juana no durmió. ¡Luego no era aquello la orilla! Era siempre la tormenta; su corazón no quería la calma, no quería vivir sino en la tempestad. Podía luchar contra ella arrodillada ante el altar cuanto quisiera; no podría extinguirla, porque el infierno estaba en su corazón.

Al siguiente día por la mañana, cuando su amiga fué á ver cómo había pasado la noche, la confesó que no se sentía digna de aquel refugio.

—Para ti,—le dijo,—esto es la vida, porque tú estás toda en Dios; para ti, esto es ya el paraíso, mientras que yo, que no tengo fuerza para arrepentirme, estoy aquí como en una tumba. Si pudiera morir en seguida, me envolvería en mi sudario con un último adiós al mundo, con una aspiración hacia Dios; pero tengo la tumba sin tener la muerte; he aquí por qué alzo la losa y me voy.

En vano su amiga empleó para detenerla toda la elocuencia cristiana.

Por la noche, la señorita de Armaillac subía á un fiacre y decía al cochero que la condujese á la estación del camino de hierro de Lyón. En lugar de volver á casa de su madre, quería seguir su sueño y su

locura: quería alcanzar á toda costa al señor de Briançon, quería verle en Venecia.

Pero, al encontrarse en la estación, recobró poco á poco su juicio. ¿Cómo iba á ir allá sola, casi sin dinero, como una fugada de Charentón? En el momento de ir á pagar al cochero, díjole que la condujera á los Campos Elíseos: quería hablar por última vez con la princesa.

—La esperaba á usted,—díjole su bella amiga.—Estaba segurísima de que preferiría usted mi casa á la casa de Dios.

Y, después de abrazar á Juana, la linda Carlota añadió:

—A ver, querida, vuelva usted en sí, torne usted á mí; la lloraba á usted, pensando que no podría vivir sin usted; no nos dé pena, ni á mí ni á su madre; á cambio de esto, haré lo que usted me pida.

—Pues bien,—dijo Juana:—si quiere usted curarme de mi locura, si quiere usted que no me meta en un convento, haga un viaje conmigo.

—¿Y á dónde iremos?

—A una ciudad en que se olvida, á Venecia.

—¿De dónde le viene á usted esa idea de ir á Venecia?

La señorita de Armaillac no confió su vileza á la princesa; se guardó muy mucho de decirle que deseaba ir á Venecia porque el señor de Briançon había ido allá, arrastrado por Aubepine. La princesa no hubiera consentido en aquella partida de placer, porque no había amado lo suficiente para comprender las dolorosas voluptuosidades de un corazón que se inunda en lágrimas ante el espectáculo de la dicha de otros.

Ir á Venecia es un sueño novelesco que todo el mundo llega á abrigar. ¿Por qué no ir á Venecia? ¿No es vivir hasta cierto punto la vida del campo en medio del fastidio de la ciudad? ¿No es ir á beber una hora de embriaguez en las poesías del pasado? El Adriático, San Marcos, las góndolas, las palomas, las leyendas, ¿no es aquél todo un mundo perdido y que puede hallarse de nuevo?

—Pues bien, vamos á Venecia,—dijo la princesa, que no quería volver á París sino después de las fiebres del gran premio.

Juana corrió á abrazar á su madre, que fué muy feliz y que le permitió de buena gana marcharse con la princesa.

Cuatro días después, los curiosos de la plaza de San Marcos hubieran podido divertirse con esta pequeña comedia:

Un joven parisiense tomaba un helado delante del café Florián con una joven parisiense que era muy linda y en cuyo rostro leíase su dicha. El hombre no estaba tan alegre: una vaga melancolía pasaba por su frente; sin embargo, parecía participar de la felicidad de la que tan alegremente sonreía. Se hubiera juzgado, al verles, que eran dos viajeros que no tenían prisa por volver á su país natal.

Dos mujeres que llevaban el rostro cubierto con tupido velo acababan de llegar por la Piazzetta. Miraron un instante el palacio ducal, la fachada de San Marcos y la plaza del mismo nombre, donde las palomas volaban aquí y allá. Entraron en la iglesia; no creo que rezaran mucho, porque salieron casi al momento, impacientes en su curiosidad de verlo todo apenas llegadas.

El lector habrá ya reconocido á las dos señoras.

Atravesaron la plaza. La señorita de Armaillac fué la primera que vió á Marcial y Aubepine.

—¡Mire usted!—dijo á su amiga.—¡Esto es increíble!

La princesa no reconoció ni á Marcial ni á Aubepine, porque no tenía las mismas razones para reconocerles.

—Bueno, veo una mujer y un hombre.

—Ese hombre y esa mujer son el señor de Briançon y la señorita Aubepine.

—Pues nos hemos lucido; eso va á amargarnos el viaje; pero confío en que no hará usted caso de tales bagatelas.

Juana sonrió para ocultar los latidos de su corazón.

—Pues bien, querida,—añadió la princesa, que gustaba de los golpes de efecto porque era insaciable de emociones;—ataquemos á la fiera frente á frente: vamos á tomar un helado.

Diciendo estas palabras, arrastró á la señorita de Armaillac.

Marcial, que estaba de espalda y hablaba con su querida, no las vió acercarse; así es que su sorpresa fué grande cuando Aubepine le dijo:

—¡Parisienses!

Volvió la cabeza y vió que se le acercaban Juana y la princesa.

La señorita de Armaillac se había dejado conducir, creyendo que la princesa no sería la primera en hablar. Pero en cuanto su amiga estuvo á cuatro pasos de Marcial, le gritó:

—Buenos días, señor de Briançon; le creía á usted en el bulevar de los Italianos.

Marcial se levantó y saludó á las recién llegadas con jovialidad más ó menos respetuosa, pues nunca era serio completamente.

—¡Cómo! ¿Es usted, princesa? Verdad es que en Venecia está usted en sus tierras.

—Ha dicho usted, querido, una tontería, porque en Venecia no hay tierra, y en segundo lugar, por haber querido compararme á esta ciudad sempiterna que no vive más que de su pasado. Ya sabe usted que aun no tengo los treinta.

—Ni los cumplirá usted nunca, princesa.

La señorita de Armaillac y Aubepine desempeñaban el papel de silenciosas de teatro; la primera agitaba su sombrilla como para pegar, la segunda no sabía qué hacer.

—¿Son esos helados de verdad?—preguntó la princesa, sentándose.—Aquí todo me parecen cuadros pintados.

—¡Oh! ¡Cuadros pintados!—respondió Marcial.—Hay aquí muchos metros de ellos; pero á mí me gustan más los cuadros vivos; ya verá usted cuando vaya al *Rialto;* es aquello la fiesta de los ojos.

—Sí,—repitió la princesa,—cuadros por todas partes, pero pocos pasteles á la Rosalba, si no son esas bellas venecianas, que recurren, como nosotras, á todos los tarritos de la perfumería Oriza. Es esto el arte en la naturaleza.

Marcial había corrido su silla y se había acercado á la princesa para alejar á Aubepine de aquel campo de batalla de la pasión, de los celos, de la coquetería y del talento.

Naturalmente, la señorita de Armaillac se había puesto detrás de la princesa; de modo que las rivales no se podían alcanzar.

XXXVII

Charla perdida

Hay ventajas de posición; Juana se sentía menos conmovida en presencia de Marcial y de su querida que en aquel viaje á que habíale arrastrado la fiebre del amor.

No pudo menos de reconocer que el señor de Briançon era siempre encantador. Dominaba con su chanza todas las peripecias; así es que, con él, nunca las cosas parecían ridículas: esparcía sobre todo un grano de filosofía que impedía cayera el sentimiento en la necedad humana.

Mientras se estaba en su compañía nada quería tomarse por lo trágico. La señorita de Armaillac había experimentado esto más de una vez; hasta no volver á su casa no se sumía en todas las tristezas de la pasión. Aquel día, sintiéndose tan tranquila en presencia de Marcial, se preguntó cómo había sido bastante loca para perseguirle hasta Venecia. Pero media hora después, cuando le vió desaparecer en una góndola con Aubepine, se dejó de nuevo asaltar por todas las angustias de la pasión y todas las desesperaciones de los celos.

Durante la media hora que juntos estuvieron, fué aquello un asalto de armas entre el señor de Briançon y la princesa. La señorita Aubepine habíase puesto á leer un periódico italiano que no comprendía, mientras que Juana, que había pedido «lo necesario para escribir», hacía que escribía.

Habíanse prometido volver á verse, mas sin pedir permiso á Juana ni á Aubepine.

—Está usted loca, querida princesa,—dijo la señorita de Armaillac á su amiga, mientras los amantes desaparecían en el gran canal.—¿Acaso podemos volver á vernos.

—¿Por qué no? Tiene demasiado buen gusto para venir á saludarnos sin esa joven. Sabe que estamos en el hotel Demieli; ya verá usted cómo va antes que anochezca.

—Me parece que no. Por otra parte, puesto que no nos veíamos en París, ¿por qué hemos de vernos en Venecia?

—Vaya, no se haga usted la desdeñosa: sabe usted de sobra que, una vez en el extranjero, todos los franceses se ven, sin inquietarse por el pasado ni por el porvenir; eso no compromete á nada para cuando se vuelve allá.

La princesa no se engañó. A eso de las cinco y media, el señor de Briançon se presentó, solo, en el hotel Damieli.

—Viene por usted,—dijo Juana á su amiga.—Me voy.

Pero Carlota detuvo á la señorita de Armaillac.

—No; si viene por mí, es por usted.

Marcial había entrado. Comenzó por hablar de las bellezas de Venecia, apresurándose á decir que no

era aquél para él un «viaje de placer». Se le había hablado de nombrarle cónsul de Venecia, y había ido para ver si podría aclimatarse en la ciudad.

—Sí,—dijo la princesa con su habitual franqueza. —Y en el temor de no aclimatarse á las mujeres de Venecia, se ha traído usted una de París.

—¡Oh, Dios mío! ¡Ni sé cómo se encuentra aquí conmigo!

—Muy sencillamente: la pondría usted en su equipaje. Espero la deje usted en el consulado para pasearse un rato con nosotras.

—Estoy á sus órdenes, tanto más cuanto que conozco Venecia como un amante á su amada.

—Pues mal conoce usted *Venecia la bella*.

Hasta entonces Marcial no había aún dirigido la palabra á Juana.

—Seguro estoy,—le dijo,—de que ya se ha aclimatado usted en Venecia, porque tiene usted los cabellos y los ojos de las venecianas.

—¿De qué venecianas?—preguntó la señorita de Armaillac.—Tengo el cabello rubio y los ojos negros, y todavía no he visto sino venecianas morenas con ojos azules.

—Respondo á usted de que encontrará muchas caras como la suya.

Y dando á su voz y á sus ojos destellos amorosos, añadió:

—Una hay á la que amo desde ayer... ¿Qué quiere usted?... cuando no se puede amar al original... se ama á la copia.

—¡Tonterías!—exclamó la princesa.—Diga usted la verdad; ya sabemos que nos ama; y usted está seguro de que pierde el tiempo. Hemos regresado del

país del amor, pero no volveremos á él; eso era bueno el año pasado, cuando éramos jóvenes. ¿No es verdad, Juana?

Juana contenía á los mil demonios que agitaban su corazón; sonrió despegadamente y dijo con aire distraído:

—Me acuerdo de mucho antes.

Marcial hubiera querido saber por qué las dos amigas habían ido á Venecia. No tenía la fatuidad de imaginarse que Juana hubiese arrastrado á la princesa para verle allí con Aubepine. Estaba celoso por su parte: se imaginó que habría algunas pasiones ocultas; nada le hubiera sorprendido ver salir de un armario á cualquier príncipe extranjero.

Sabido es que, si Juana le amaba, él adoraba á Juana; pero la fatalidad los separaba, porque nada es más impenetrable que el corazón humano. Ambos parecían jugar al escondite, porque ninguno de ambos creía en el amor del otro.

Separáronse á la hora de cenar; la princesa rogó á Marcial que fuera al día siguiente á buscarla, para ir á la tumba del Veronés, su pintor.

—Probable es,—le dijo,—que la señorita de Armaillac nos acompañe en la peregrinación

¿Fué por esto por lo que el señor de Briançon no se presentó al siguiente día?

El de su llegada, Juana vió Venecia color de rosa aun cuando estuviera devorada por los celos; pero aquel día la vió de negro: fué en aquellas veinticuatro horas la ciudad de las tumbas; no hubiera podido decir lo que sufrió al saber que Marcial se había marchado á primera hora.

—Mire usted,—dijo á la princesa,—cómo me odia. Ni aun puede verme.

Por uno de aquellos milagros del corazón que ningún filósofo puede explicar, el amor de Juana tornóse súbitamente aborrecimiento, la dulzura violencia, la ternura altivez.

—¡Oh mi orgullo!—dijo con aire victorioso.—¡Veo que aun estás en tu puesto. ¡Tú eres lo único que amo, lo único que quiero amar! ¡Acabé con él por completo!

Nada dijo á la princesa, y se afirmó en su odio; tuvo la fuerza de tomar una alegría ficticia para todos sus paseos por Venecia. De noche, su corazón era un volcán; pero de día se imponía á su corazón.

No quiero pasear á usted, señora, con la princesa y la señorita de Armaillac por todos los monumentos de Venecia.

Encontraron allí algunos amigos y amigas de la sociedad parisiense y extranjera: la duquesa Colonna, el príncipe Galitzin, la condesa Valeska, Ziem y Díaz, la duquesa de Parisis, Nigra, Saint-Víctor, lord Lytton, dos príncipes de Orleáns y algunos diputados legitimistas que regresaban de Frohsdorff. Venecia es la soledad, mas nunca se está allí solo. Y la ciudad es tanto más adorable cuanto que allí no se encuentran imbéciles. ¿Qué iban á hacer allí?

Un mes después, Juana estaba en Trouville con su amiga.

Otra mar, otro espectáculo. Pero Juana huía en vano de sí misma: no podía huir de Marcial.

XXXVIII

Las máscaras y los corazones

Dióse un baile de máscaras en un castillo próximo á París, en donde se encontró toda la *high-life* de las fiestas de invierno; la señora de Tramont fué con la señorita de Armaillac. Se juraron que no serían reconocidas; las dos iban disfrazadas con adorables dominós blancos guarnecidos de cuchillos impenetrables.

La señora de Tramont no era tan alta como Juana, pero tenía aquella noche su misma estatura, gracias á lo elevado de sus talones. Se presentaron como dos hermanas extraviadas en el gran mundo. Representaron tan bien su papel, que no se las reconoció, tanto más cuanto que la señora de Tramont había dicho que no quería disfrazarse.

La señorita de Armaillac, que no pensaba divertirse, se divirtió mucho; no porque encontrara al marqués de Satanás ni á todos aquellos adoradores de ocasión que se le llevaban el tiempo sin llevársele el corazón, sino porque allí encontró á Marcial.

Como debía pasar, con la señora de Tramont, una temporada en Brighton, se había perfeccionado en el inglés, y en inglés le habló, aun cuando él no la entendiera, por no saber este idioma.

Persistió en no pronunciar ni una palabra en fran-